

1

La eternidad dura dos minutos
(Un niño en un terremoto)

Antes que el árbol
el pájaro adivina
el terremoto.

ANDREU VIDAL

El fin del mundo coincide a veces con el fin del verano. El 27 de febrero de 2010, Los Jaivas, un grupo de folclore-protesta-rock-sinfónico muy activo durante la dictadura de Pinochet, terminaron de tocar a las tres de la madrugada en el Estadio Atlético de Concepción. Era el colofón más épico posible para la Fiesta de Chile, uno de los tantos actos puestos en marcha para celebrar el bicentenario de la independencia de las repúblicas latinoamericanas. Era sábado. Se acababa el verano. El lunes empezaba el nuevo curso.

Carolina Roa y Enrique Águila venían del concierto y se acababan de meter en la cama cuando la casa de madera comenzó a agitarse como una batidora. Cogieron a sus cuatro hijos a oscu-

ras (la luz tardaría seis días en volver), los calzaron para que no se cortaran con los vidrios rotos que alfombraban la casa y, sorteando los muebles caídos que les cerraban el paso, salieron a la calle. Desde allí se veía el campus de la universidad, la Facultad de Química estaba en llamas. Los depósitos de nitrógeno de los laboratorios habían comenzado a arder.

Al instante apareció Fernando, «Feño», hermano de Carolina, que había hecho de canguro esa noche. «La casa parecía un barco en alta mar —recuerda todavía Feño—. Bajé como pude de la cama, que tiene ruedas, ¡era para verlo!, y pude reunirme con Enrique, Carolina y los cabros, que habían salido altiro. La luna estaba linda. Tras el estruendo de los muebles cayendo hubo mucho silencio. Me parecía extraño. La gente no gritaba.» Ni siquiera los niños. Nicolás, el mayor, de diez años, llevaba la cuenta para ver si el movimiento sísmico superaba los veinte segundos. Era su modo, dice, de averiguar si era temblor o terremoto. En realidad fueron 8,8 grados en la escala de Richter. Con un pico de noventa segundos, el proceso total del movimiento sísmico se prolongó durante dos minutos, tal vez el más largo de la historia. Una marca que añadir a los 9,5 grados que convirtieron en el seísmo más potente jamás registrado al que había arrasado la ciudad cincuenta años antes.

Se metieron todos en el coche a esperar que terminaran las réplicas y a que por fin, si la vida seguía, amaneciera. El día sabe hacer su trabajo. «De noche un terremoto es el caos.» La electricidad se había ido, no había agua, el neumático que sirve de columpio a los chicos se balanceaba en el árbol. En el suelo de la casa, los vasos rotos se mezclaban con la guía Turistel, la pandereta de la niña pequeña y un libro cuyo título parecía un sarcasmo: *Los 1001 discos que hay que escuchar antes de morir*.

Amanecía. Carolina volvió a entrar. Se puso a ordenarlo todo. La manía de la limpieza. En uno de los embarazos llegó a chupar la esponja empapada en jabón de fregar. Cuando llegaron los primeros vecinos la casa estaba lista como cada mañana, como si no hubiera pasado nada. Fueron a dar una vuelta por la universidad, a tan sólo dos pasos. El edificio de Química era un tizón gigante de acero y vidrios rotos, el reloj de la torre que preside el campus —el campanil, le dicen— se había parado a las 3.29 de la madrugada, la hora del terremoto. La hora de los relojes, porque, a pesar de la influencia de los campanarios, los sismógrafos señalaron las 3.34.

Durante días, la gente en Concepción, en Chile entero, recordó qué hacía en ese minuto, un minuto que duró ciento veinte segundos. «Salté de la cama, agarré la trompeta y corrí hacia la puerta. No podía salir.» Es Juan Carlos, diseñador y músico en una big band. Se acababa de mudar a un apartamento en el piso noveno de un edificio nuevo. Había invertido los ahorros que le quedaban en aquella cama king size. La puerta era de seguridad, doble seguridad, triple tal vez, no sabe. No pudo abrirla. Salió al balcón. Sus vecinos, atrapados también, habían hecho otro tanto. Todos se preguntaban lo mismo: ¿sería seguro aquel edificio? Era nuevo, pero ¿era también seguro? Nuevo intento en la puerta. Nada. Pasos en la escalera. Un vecino recorre el inmueble descoyuntando con un mazo cada cerradura. Salen. Algunos se dirigen al parque Ecuador, a cien metros, a campo abierto. Es un lugar seguro. Hay banderolas que anuncian el concierto de Los Jaivas. En dos días parecerán tan anacrónicas como el reloj parado de la universidad.

Pasado el susto, vuelven a buscar ropa, dinero, sus papeles. Por última vez antes de que la policía acordone la calle por el peligro de derrumbamiento. Mucha gente se salta la prohibición: lo tienen

todo ahí dentro. Peor que la policía son las continuas réplicas. Algunas sobrepasan los siete grados. Los edificios dañados se inclinan más con cada sacudida. Cuando los técnicos venidos de Santiago decreten que hay que echar abajo el inmueble —nuevo, año y medio, los ahorros invertidos en aquella cama, fue tan difícil subirla hasta el noveno piso, king size—, la inmobiliaria ofrecerá tres soluciones: dinero, instalarse en un barrio de las afueras construido por ellos o instalarse en otra torre del centro. ¿Quién piensa en eso ahora? ¿Otra torre? ¿Otra cama? ¿Quién se fia de las inmobiliarias?

Al parque van llegando noticias. Dos de los cuatro puentes que cruzan los dos kilómetros de cauce del Bío Bío están inutilizados, entre ellos el Llacolén. También está tocado el Juan Pablo II, el más ancho de Chile. Lo bautizaron así cuando vino el Papa. Tres coches cayeron al río. Siete muertos, dicen. Nada funciona. Sólo la radio a pilas. Lo peor está cerca de la estación. El edificio Alto Río —nuevo, seis meses máximo, quince pisos de altura— ha caído como un árbol. Lleno de gente, dicen. A la casa de Enrique y Carolina también van llegando noticias. Su cocina funciona con bombonas de gas y pueden hacer pan. Los vecinos acuden allí para calentar agua para los biberones o para echar el rato contando qué hacía cada uno a la hora del terremoto.

A veces las noticias las trae Feño mezcladas con sus chistes. «¿Por qué el hijo de Superman es el niño que mejor se porta en la escuela? Porque es *supermansito*.» En Chile todo es súper. Feño tiene chistes blancos, como el de Superman, pero también rijosos y políticamente incorrectos. Puede que los suyos no sean los mejores del Cono Sur, pero si alguien tiene derecho a contarlos es él. Desde que el terremoto puso el país boca abajo se pasa catorce horas diarias recorriendo las comunas del Gran Concepción —un

millón de habitantes— para llevar alimentos y medicinas a familias aisladas en sus casas. O en lo que queda de ellas.

Él mismo ha empezado a tomar Alprazolam, un fármaco, dice, «para contener la emoción» ante lo que se encuentra cada día. Se lo suministra Marcela Rodríguez, una psiquiatra «muy guapa» —«por dentro y por fuera», se apresura a matizar— que trabaja como voluntaria en radio Bío Bío. Desde el principio y ante el colapso de las comunicaciones, la emisora se convirtió en centro de distribución de medicinas para enfermos crónicos. De mañana, su sede de la calle O'Higgins se convierte en un hervidero de gente que sigue las reglas que presiden la entrada: «Nombre remedio / Dosis (ej. 20 mg) / No repetir dosis / Letra clara». Por los huecos de una reja cerrada, los voluntarios reciben los pedidos y papeles con avisos de socorro para difundir en antena: conocer el paradero de Nelson Araya, dos días desaparecido, pedir a los empleados de una tienda quemada que acudan vestidos con ropa de trabajo en cuanto puedan...

Con un café soluble, un trozo de pan y la dosis de Alprazolam en el estómago, Feño sale temprano y vuelve cargado de chistes regulares y de noticias malas. Un día son las cuarenta mil casas destrozadas en Lota, el símbolo del antiguo esplendor minero de la región. Otro, el pozo que ha abierto un anciano en Gualpén para abastecer a sus vecinos de agua potable. Otro más, la historia de una madre que acaba de enterrar a su hijo en un lugar llamado Villa Futuro. Feño es asistente social en paro, pero trabajó como cartero para pagarse los estudios y conoce cada comuna con los ojos cerrados. Vive en Penco con sus padres, pero se ofreció de canguro para sus sobrinos el mismo día en que cumplía treinta y nueve años. «Un cumpleaños movido.» Otro chiste.

Feño no tiene coche. Se mueve por la comarca con Javier Alvarado y Luis Ibarra. Alvarado es coronel del ejército mexicano, el agregado militar de su embajada en Santiago. No lleva uniforme. No puede llevarlo, dice, en un país extranjero. Tampoco puede dar entrevistas. Cada vez que alguien le pregunta con una grabadora encendida llama a su embajador. Por las dudas. Ibarra es el conductor del coronel, chileno, sonrío todo el rato. Es también una mezcla rara de tímido y experto en chistes burros, machistas mayormente. Reservado como es, ha costado que contara el primero, ahora no hay quien lo pare. Están en Concepción tratando de encontrar a los mexicanos afectados por el terremoto. Les ofrecen volver o les dan una «canasta familiar» de resistencia: alimentos y agua. Trajeron la furgoneta cargada al día siguiente del temblor. A ellos a su vez los rescató Feño. Tenían reserva en un hotel dañado por el seísmo y corrían el riesgo de quedarse en la calle con una furgoneta rebosante de botellas de agua, harina, azúcar, espaguetis y conservas en lata. Ahora desayunan y cenan en casa de la hermana de Feño. Almuerzan donde les pillan la búsqueda y el hambre. Se alojan en la misma calle, en casa de unos curas que están fuera pasando el verano, que están fuera pasando el terremoto.

Cada mañana pasan a recoger a Feño, piden disculpas por molestar y se sientan con la lista de mexicanos para organizar el día. Bromean con él: siempre terminan yendo a casa de alguien, un vecino, un amigo, la amiga de un amigo, alguien de quien oyó que necesita algo... Todos, «curiosamente», están cerca de la ruta del día. Feño dice que le gustaría estudiar historia. Dice también que no se ha hecho justicia a los mapuches. La provincia de Concepción limita con la de Arauco, el escenario del poema fundador

de la literatura colonial de esta esquina de América. Según Nicanor Parra, los «cuatro» grandes poetas chilenos son Rubén Darío (nicaragüense) y Alonso de Ercilla, el autor de *La araucana*. Ercilla está en los libros de historia, pero en el centro de la ciudad hay una estatua que recuerda a Lautaro, el jefe mapuche, compitiendo en diagonal con la de Pedro de Valdivia, al otro lado de la plaza. Entre los dos, una virgen, la del Carmen tal vez. Ahí termina, dice, la justicia para los mapuches.

Basta mirar un plano cualquiera para comprobar que Concepción se ha ido construyendo a base de terremotos, de destrucción, por tanto. El centro —pura cuadrícula, racionalismo puro; paralelas y perpendiculares— tiene algo de Baixa Pombalina lisboeta, otro barrio surgido de la colaboración forzosa entre el océano, el río y el Siglo de las Luces. En 1751, cuatro años antes de que un seísmo arrasara Lisboa, otro arrasó Concepción. Habían pasado doscientos años desde que la fundara Pedro de Valdivia y veintiuno desde que la devastara un terremoto más. Los ilustrados llegaron con cartabón y escuadra, y ahí está el resultado: una trama perfecta a orillas del río Bío Bío, el único navegable de Chile.

No es extraño el afán racionalista: ese mismo 1751 —Bach llevaba un año muerto y Mozart, uno vivo— apareció en Francia el primer volumen de la *Enciclopedia*. ¿Qué se recordará de 2010 al lado del terremoto de febrero? ¿El terremoto de Haití un mes antes? ¿La llegada de Sebastián Piñera al poder diez días después? ¿El rescate de treinta y tres mineros en una mina del norte de Chile? ¿La crisis económica, la victoria de España en el Mundial de fútbol, el premio Nobel de Mario Vargas Llosa? Más bien, ¿recordará alguien que el año en que España ganó el campeonato del mundo

hubo un s ismo en Chile?  Recordar  que, en ese campeonato, en Sudáfrica, España jugó contra Chile?  Que en el hotel de la selección chilena ondeaba una bandera rescatada después del terremoto, la misma con la que fotografiaron a un hombre convertido en un símbolo?  Recordar  alguien la huelga general en España, la prohibición de los toros en Cataluña, la aparición de un nuevo Velázquez en Estados Unidos, el primer trasplante de cara, la muerte de Miguel Delibes, la de Enrique Morente?

También la historia que quiere estudiar Fe o se escribe a golpe de s ismo. Nicolás, su sobrino mayor, el niño que distingue entre temblor y terremoto, no ha llegado a ver a Augusto Pinochet en el poder. Sus padres s , adoran a Michelle Bachelet, no les gusta Piñera, que se instalará en el Palacio de La Moneda en unos pocos días. El chiste del momento no es de Fe o, se refiere al pedigrí empresarial del nuevo presidente: «Ahora Chile va a ser atendido por sus propios dueños», o sea, como un negocio.

Los cuatro niños se han quedado sin luz y sin colegio, se prolonga el verano. Carolina trata de que Sebastián, que cumple nueve años, no se quede también sin pastel. A su t o de Santiago le ha pedido que le mande un salchichón para él solo. Luego verá si reparte con Nicolás y los pequeños, con Domingo y la Javi (Javier), de cinco y tres años. El día del cumpleaños tendrá torta. Ya se encarga su madre, experta en hacer milagros. Su padre ha descubierto un estero detrás de la universidad; desde allí carga el agua. El campus está desierto. A veces alguien cruza corriendo la explanada o curioseas en las máquinas de Coca-Cola.

Cuando amanece los vecinos van saliendo a la puerta. Intercambian noticias para matar el tiempo, los mayores recuerdan te-

rremotos pasados. Desde la costa llegan bandadas de gaviotas. El resto de los pájaros ha desaparecido. Carolina ha tardado en reparar en la ausencia del maldito zorzal que la despierta cada mañana temprano (en el árbol, tan sólo la rueda de los niños). Su canto le parecía odioso. Nunca hubiera imaginado que iba a echarlo de menos.